

POESÍA

CHILENA ACTUAL

GONZALO ROJAS

ESCRITOR CHILENO

*No hablaré con palabra directa,
fresca y lozana como
ya veis, pero de hecho diré cosas
muy próximas. Aprendiz
inconcluso como soy, escribo cada
día mis papeles inconclusos y
nunca olvidaré lo que dijeron en mi
país cierta mañana en que fui a
leer mis versos en una de esas
escuelitas del archipiélago
de Chiloé, hasta donde llegó el
fundador en caballo andaluz
todo sudado.*

La escuelita era pobre y un niño de unos 10 años, igualmente pobre, al terminar mi breve lectura roe preguntó: « oye poeta y cuando termina de hacer una de esas poesías, no le parece que no todo quedó dicho?». Me fascinó la pregunta, quedó mas clara que cualquiera de esas formulaciones académicas sobre este ejercicio, y Lie para ^{el} habla quedado inconclusa. Esto que dijo el niño es una pregunta ,que el propio autor se hace constantemente.

(Yepes) dijo una vez: volé tan alto, tan alto, que no di a la caza alcance. Yo les digo a ustedes aquí, con toda confianza, que soy un aprendiz. Hoy mi radiografía acusa que soy animal longevo irremediable. Como se sabe, todo poema es ejercicio de pura mortalidad. Creo en la escritura como silencio encima de la página blanca. De repente estamos allí, y ese es el juego. De repente no estamos. Difícil entrar en este concierto sobre Chile y sus mudanzas, sus exilios... Locura de estar vivo, todavía, y estar hablado y pensando en español.

¿Será del todo impertinente tocar algo de poesía, obsesiones ardientes y polémicas sobre el país de allá abajo? Pero mi verdadero diálogo es con los que vienen, es decir, los que cuentan a lo sumo con 25 años, con balbuceo y tartamudeo, los más desinstalados frente a una gloriola, espejismo del éxito, a los cuales habré escrito alguna vez estas estrofillas que me permito releer, igualmente balbuceante. Dicen las estrofillas: A veces pienso quién, quién estará viviendo ronco mi juventud con sus mismas espinas, liviano y vagabundo, nadando en el oleaje de las calles horribles, sin un cobre, remoto y más flexible: con tres noches radiantes en las sienas y el olor de la hermosa todavía en el tacto. Dónde andará, qué tablas le tocará dormir a su coraje, qué sopa devorar, cuál será su secreto para tener veinte años y cortar en sus llamas las páginas violentas. Porque el endemoniado repetirá también el mismo error y de él aprenderá, sise cumple en su mano la escritura.

Mirando aquí esta mañana como finalista y no como terminal. Mirando este jueves de julio del noventa y ocho, a estos jóvenes hispanos e hispanoamericanos que han tenido la paciencia de oírnos y a quienes dedico estas palabras dis tintas de las otras claves, sobre la imagen y la realidad de América y de Chile. Insisto, en la última de



La Araucana de D. Alvaro de Ercilla y Zúñiga, vista por Matta.

Chile. Insisto, en la última de las cuerdas de esos versos, sólo se aprende, aprende, de los propios, propios errores, pero se me autorizó para que les dijera cuanto quisiera, desde el oficio de galeote que aún no suelta los remos a los ochenta años y no se quiere ver en sus desvaríos.

El pueblo de Chile dice «disvariar» por desvariar. No se quiera ver el autorreferente inexcusable, ni siquiera ese alijo de experiencias indiscutible, sino alguien joven, como decía Huidobro, que no envejece nunca y crea a cada instante...

Desvariemos, entonces, de una vez, y a lo mejor podamos leer algunos versos en los minutos próximos. El hombre es un Dios cuando sueña y es un mendigo cuando piensa. Yo realmente sueño con la utopía como la soñé siempre, y creo en el instrumento del diálogo que consulta por igual los proyectos de la contemplación que son, como dijo Sarmiento, el cuarenta y dos del otro siglo.

Por eso me han encantado estas propuestas y debates. En alguna medida me recuerdan los grandes encuentros de escritores y pensadores de América, algo que me fue dado conducir y coordinar en el ámbito regional en Concepción, Chile, entre 1958 y 1962, cuando la mayor parte de ustedes no habían nacido. Mucho antes de todo ese boom literario, por cierto que fue más bien faena comercial de los editores. ¡Qué horror ese boom!

¿Quién ha dicho que los poetas vivimos en las nubes? Hay quien presume de adelantado pero mi responsabilidad activa de escritor me indujo a unos ejercicios de poesía hace ya 40 años, si cuento bien las fechas, desde este 1998, cuando junté en Concepción a más de cien escritores, cuatro veces consecutivas, de primer nivel del mundo y de América. Me atrevo a una confesión personal, fue hace mucho tiempo, muchacho apenas, pensé en ciertos casos, 1942, que era el momento que vivíamos, no autorizaba arrogarnos madurez, antes bien se imponía mirar con ojos nuevos lo que ellos hicieron en su día: proyectarnos hacia delante en las sucesivas décadas que nos tocaran vivir, esa obsesión de desciframos o intentar desciframos algo.

Hasta veinte años después, a la sazón de los 40, 1958-1962, pude configurar los diálogos de Concepción en un ejercicio de poesía activa. Así se puso en marcha, mucho antes del boom, un nuevo estilo de autoanálisis continental en pos del diálogo limpio y polémico al que invocamos sin prejuicio religioso ni político, ni desde luego estético, desde el que podemos escuchar el qué somos y el qué podemos ser, ante públicos ávidos y altamente participantes, y ver juntos por primera vez a las figuras vivas de esta edad en sesiones memorables, lo mismo a Sábato que a Capentier o Carlos Fuentes todavía muy joven, o a Roa Bastos y tantos otros que no cito por no hacer excesivamente larga esta lista, en el fragor de esas sesiones públicas, todos los que allí nos juntamos. Todavía conservo los cantos de Breton, Saint-John Perse, Octavio Paz— y de otros observadores ilustres que no alcanzaron a llegar.

Lo que quiero decir es que un joven tiene derecho a ver el mundo desde su propia adivinación, hacia atrás y cómo no hacia delante. Y otra cosa, también, que nunca me instalé de todo en el espejismo ni de la vanguardia ni de nada, sino que estuve siempre a la intemperie. La obra es lo que es, siempre considerando los problemas del compromiso y la responsabilidad de escribir en América, sin caer en la elección total de algo. Lógicamente, me echaron del timón o del comando y no hubo más encuentros.

Excusen amigos jóvenes y no tan jóvenes que haya contado esta historia antigua. De repente somos el sentimiento de serlo todo y de no ser nada, según dijo Galileo. Habré enseñado medio siglo en universidades de los nortes y los sures, aunque en definitiva no hice otra cosa que inducir a mis alumnos a leer, y en cuanto al ejercicio que llamamos poesía tampoco hice otra cosa que silabear enigmas. Así logré escribir cinco o seis poemas dignos de leerse. Viví como poeta con exilio e intraexilio. ¿Quién va a definir la poesía, esa máquina pequeña o grande hecha de palabras?

Alguna vez en mis mocedades alguien me preguntó qué era la palabra poética para mí. Por esas fechas yo era un tartamudo irremediable y le respondí en tres o cuatro líneas:



© DIARIO EL SUR, DE CONCEPCION

mudo, mudo, mudo... no para respirarlo, sino para vivirlo. Ahí coincido con lo que pensaba Octavio Paz y manifiesta en *El Arco y la Lira*: «¿por qué escribir poesía sobre la vida y no transformar la vida en poesía?». Pensamiento próximo al de Novalis.

Por otra parte, en las puertas de la pubertad, tuve la suerte de leer a los maestros de las vanguardias, y eso me permitió simultáneamente la doble oportunidad creadora sobre mi cabeza. Así llegué casi de golpe a esta vanguardia de la que fue portador entre nosotros Huidobro. Parecerá irrisorio, pero toda reflexión es un contraste por demás estimulante, en todo caso más espartano que ateniense. Todo eso en concepción de Chile. Lo que se dice la provincia provincial.

Había profesores alemanes, italianos y españoles, y nunca me sentí aldeano. Sin duda esa especie de diálogo librado por el pensamiento, grande de todos los tiempo y parajes, me era singularmente propicio. Recuerdo a D. Carlos Oliver, un geólogo que enseñaba Historia Natural y que me mostró tanto la figura de Simón Rodríguez como la del maestro Bolívar que juró la libertad de América allá por 1828.

Así fue creciendo este aprendizaje de poeta por dentro y por fuera, pero creciendo. No mucho como se ve, pero creciendo. La verdadera patria del poeta es la infancia, aunque casi a todo lo largo del siglo XX el entusiasmo y la utopía jugaron un papel importante, con todas las críticas que quieran hacerle. Ahora quieren nuevamente que se levante esta bandera.

Todavía se chapotea en el légamo y la escoria (vuelvo a lo anterior). Ya el padre ha muerto y todo se estremece de forma torrencial, porque cuando llovía, llovía. La casa era más lluvia ¡qué casa! Un relámpago, dijo uno de mis hermanitos, y él mismo se bebió la revelación. Lo habré dicho alguna vez y ahora lo repito. No volveré a los pormenores de esa vivencia única, cuando el granizo torrencial y a través de él se veía el relámpago. Lo cierto es que parece ser que a partir de entonces fue como si me inocularan la revelación de la palabra, que puede más en mí que la coquetería toda del cielo.



**Club Juvenil
Pablo Neruda**

Hombre, muchos años después vine a leer con cuidado: el relámpago gobierna la totalidad del mundo. Se impone en el relato la conjetura: ¿puede la ilusión luminosa ofrecernos el dominio de la totalidad? Dejemos la respuesta a los filósofos. Lo más que puedo decir es que en ese momento del invierno recibí la iluminación del instante, porque el niño o porque fue como si el niño recibiese en ese acto de fijeza esa revelación.

¿Por qué razón llamé mucho más tarde, a la más extensa de mis colecciones poéticas «Del relámpago», publicadas en México por Jaime García? Años más tarde me enganché con Mandrágora en el surrealismo a ver qué pasaba con esa magia cuya leyenda (no voy a descubrir la leyenda porque es muy aburrido), sin embargo los cicateros de Mandrágora me acusaron ante Huidobro de tráfuga de la poesía. Nuestro intento en estos momentos fue el de asumir ese lagado y contribuir a desaldeanizar Chile.

Muchas veces me han preguntado durante la recepción de un premio, si la poesía viene de baja frente al ascenso de las maneras tecnológicas. Naturalmente, frente a los grandes avances tecnológicos perdurará la palabra como perdurará el silencio, porque hay que entrar en el callamiento y saber callarse para entender lo que es la palabra. El alfabeto de un sonido con el armazón de sílabas, ya que muchas veces no se quiere saber lo que es la sílaba, le basta con la vistosidad. En cuanto el ritmo ¿qué será el ritmo?

La palabra perdurará siempre porque la tecnología pasará como pasan las pestes. La cosa está aquí. Está llena de tumbas. Dice San Juan de la Cruz: «el alma debe irse quitando quien eres». Personalmente estoy por el desapego. Mucho viajé por todas partes del mundo. Viajé a la mina con los mineros, vi el rostro seco de Vallejo, discuti con poetas, sobre todo, hice infancia con Huidobro, también con Neruda, quien durmió muchas veces en mi casa. Con Borges, que nunca me vio, con Celan, allá por el 35, pro ninguno me fue más próximo que Octavio Paz, parco y lúcido hasta el fin, desde el vigor y el vaticinio.

En la poesía se escribe de lo que no se sabe, porque de lo que se sabe no merece la pena. Sé que me repito constantemente, pero ¿qué le voy a hacer? Soy la metamorfosis de mí mismo. También he vivido a Chile de largo a largo y no por oportunismo literario ¡Dios me libre! Sino por locura.

Ya termino diciéndoles mi visión del mundo. Tres son, por lo menos, mis vertientes: la luminosa, la erótica y toda la dialéctica del amor; la del testigo inmediato de la vida inmediata (aunque Celan diga que «nadie atestigua a favor del testigo»). A lo mejor debería uno callarse. Pero no, todavía no. Por lo menos todavía no. Estoy viviendo un reverdecimiento en el mejor sentido, una reniñez, una espontaneidad que casi no me explico. Es como si yo dejara que escribiera el lenguaje por mí. Estoy dejando que las aguas hablen, que suban las aguas, y que ellas mismas hablen. Dejemos que sibilen las serpientes, como dijo Apollinaire.